

La intuición mística en tanto método filosófico-ontológico de la emoción creadora en la profesa jerónima: Sor Juana Inés de la Cruz.

Verónica Albarrán Rendón
Universidad del Claustro de Sor Juana
México

Discúlpeame, primero, que me presente aquí sobre un tiempo que no es mío, tan lejos de mis querencias y de mi claustro tan querido, para reaparecer intempestiva y extemporánea, a destiempo; quizá inoportuna fantasmagoría -en tanto categoría histórico-filosófica- que se anima y se reanima a través de estas imprudentísimas palabras, con la intención -no lo niego- tan femenina y curiosa de inmiscuirme en la memoria de todo aquello que compone al proceso histórico del día de hoy.

Y es que no he sido cadáver, ni vida ausente, sino viajera, cuando apenas silenciosa, reservada y prudente, el espíritu de mi alma -resollando entre los muros laberínticos del actual Exconvento de San Jerónimo, en mis tiempos recinto sacro y hoy universidad que se alza como hogar eterno, casa de todos, matriz, biblioteca y caracol de recuerdos- se ha mantenido enterada de todo cuanto ha podido, leyendo y leyendo libros, igual que siempre, como niña y cuando joven y todavía hoy, monja jerónima de vestimentas sagradas.

De modo que es mi deseo, hacerme carne en este verbo para aclarar algunas cosas, viejos asuntos, reliquias olvidadas y, aun también, ofrecer humildemente un par de bruscos pensamientos sobre lo visto en este nuevo mundo múltiple, fragmentado, tan lo mismo roto que bello, siendo que soy -y he sido- testigo del moderno barroco que resulta este presente venido. Sea, pues, con su perdón que comienzo:

Cuando me preguntan, dónde nace la inspiración creadora de la melodía en los versos, o a qué mundo pertenece toda arquitectura celestial de las figuras retóricas en que florecen metáforas y elipsis, paradojas y etopeya; cuando me interrogan de dónde viene la intuición aquesta, pulsión de vida, presentimiento divino, clarividencia del tiempo donde, con hilos de oro y plata y platino se teje el prodigio eterno de la poesía materna, preñada; yo digo: en el presagio, sobre el filo de la sospecha, en la adivinación que no es locura, sino, apetito desbordado de amores caritativos.

Esto es, en la intuición que es muchas cosas y entre ellas, por primero, expresión de un yo profundo, hondo, abismal, sobre el que el yo encarnado como tiempo y espacio, renueva al tiempo mismo en la duración; es decir, en lo más alcanzable del infinito absoluto, porque -tal cual lo pensara el muy celebrado filósofo y poeta Henri Bergson- es aquello, aparentemente simple, que da clave a lo demás, siendo que moviliza la razón generadora y se manifiesta por el brío de libertad.

Intuición que, por supuesto, atendiendo a los reproches palurdos del supuesto anti-intelectualismo en Bergson, para su análisis requiere la aclaración ofrecida por la siguiente cita textual de nuestro excelentísimo filósofo y escritor francés: “La intuición no se comunicará sino a través de la inteligencia. Es más que una idea; sin embargo, para transmitirse, tendrá que cabalgar sobre las ideas” (Bergson, 103).

Con lo que se entiende, entonces, que va montada a lomos de la razón rumbo a la materialidad de su expresión clarividente; no obstante, por ser impulso vital del universo vehemente y conticino, es preciso no olvidar que siempre va de primeras empujando los estribos. ¡Primero sueño, primero sueño!

El sueño de la intuición se adelanta, con su transformación interior profunda del todo que lo inclina avante: movimiento en el espacio, donde lo que precede penetra a lo que prosigue para su realización plena en la contracción infinita de su percepción sensible, dado que el juego de la creación y la sensibilidad poética es memoria viviente, que tampoco surge del ingenio individual, sino por las condiciones de la vida compleja, como pujanza colectiva donde se renace el alma vieja en la virtud del nuevo ente.

Ya lo dijera el poeta cubano Lezama Lima -que tanto y tan bien hubo hablado de mí y se lo agradezco-, sobre la intuición poética, cuando la describe como río sumergido, que, sin embargo, al levantarse voluptuoso más allá de su cauce, logra realizarse en palabras con que, finalmente, se nace el manantial de una escolástica amorosa, como torrente abundante o inundación castálida -permítaseme el desliz de esta referencia autobiográfica-, para abrir paso a la deriva de nuevos cuerpos de agua.

La intuición, entonces -y en palabras del muy admirado autor de *Paradiso*-, es “el sueño no ya como lo vio el surrealismo, como escritura del inconsciente, sino como forma superior del conocimiento” (Lezama, 191). Maravilla de visión, en donde, además, gracias al

inagotable poeta podríamos discernir, luego, que el conocimiento es sueño y su epistemología garra con que rasguña la corteza insondable del misterio, la infinitud cósmica.

En esto es la intuición memoria briosa, lozana su piel sensible, agorera en la impresión bajo el tejido de su carne y memoriosa por la experiencia del tuétano vivo y profundo pulsando dentro en los huesos. Después, por ser también conciencia despierta que supera a la razón -sin agüitarla-, suele desplegar la génesis de su propia determinación creadora. Y, por último, método de la filosofía en tanto moral abierta y autónoma, cuando no se haya obligada a ninguna empresa forzosa, siendo emoción gloriosa de un amor caritativo que abraza a la vida y al prójimo: origen de lo divino y altísimo gesto de libertad.

Así, pues, la palabra poética que materializa la intuición creadora puede ser entendida como libertad de perfección, es decir, libertad dada por Dios -siendo que el asunto resulta exclusivo a su celeste propiedad y alto Ser- como principio de libre albedrío que encarna la totalidad de nuestra vida interior, por supuesto, siempre incompleta y abierta al mundo debido a que, como se sabe, lo menos perfecto está contenido en lo más perfecto.

Ahora bien, partiendo de lo aquí dicho, arriesgaré el acto necesarísimo de contrición con que se expliquen y disculpen a estas letras mías de mi modesta intuición, puestas en juicio tantas veces por no haberse mucho inclinado al estudio de los textos sagrados, la tradición y los dogmas religiosos. Sea, pues, el deseo de esta profesora, confesarse aquí y agora para, en mi inmerecido descargo, quizá se llegará el día de entender con simpatía y compasión la devota inclinación de la voluntad monacal puesta sobre el hábito sagrado de la escritura profana:

Por primero, a mí se me da el pensar que la creación no es -o, al menos, no debiese ser- consistencia de secreto inaccesible o privilegio pomposo, pues constituye realidad de un hecho prístino y claro; empero, de una claridad que no le pertenece exclusivamente a los terruños de una razón elevada, culterana y lujosamente entendida, cuando es cosa más bien tan democrática y natural, como lo es el sueño mismo, o la hambre y la muerte que igual ha de llegarle al rico y al desamparado, que a la monja piadosa y humilde.

Porque, si es verdad que hay, por ejemplo -permítaseme, otra vez, una licencia para hablar sobre lo que no fue de mi tiempo-, una filosofía o método de la composición generosamente compartido por el famoso escritor romántico, Edgar Allan Poe, también, es cier-

to que mucho de su espléndido y desprendido *desiderátum*, según he podido ver, se cobra agudo y sagaz en la determinación de una intuición libre, sobre decisiones aparentemente accidentales, casi obviadas como propias de la inspiración momentánea o golpes de arrebatto singular; aún, incluso, dentro del minucioso y detallado rigor de una explicación procedimental tan bien razonada y expuesta -eso sí, por supuesto, *a posteriori* del hecho poético-; es decir, como experiencia consciente, resultante del instante creador.

Aquí, un ejemplo de lo que refiero, sobre el detalle en que el genial poeta cuenta la búsqueda del estribillo preciso para su famoso y elegantísimo poema, “El cuervo”:

Establecido de este modo el sonido del estribillo, se imponía la necesidad de seleccionar una palabra que portara dicho sonido, y que al mismo tiempo guardara un equilibrio con este tono melancólico que se había determinado para el poema. Metido en tales pesquisas, hubiera sido del todo imposible pasar por alto la palabra “Nevermore”. De hecho, fue la primera que se me presentó. (Poe, 71)

Y a todo esto, digo yo -que soy espectro de una pobre monja, de entre muchas que ya fueron y otras más que siguen vivas-, ¿no es acaso la intuición, esa emoción creadora de alas ligeras, lo que iluminara en su momento el alma del poeta, haciendo “imposible de pasar por alto” a la palabra redonda y musical que terminó por presentarse como si vida propia tuviera, para brindar ritmo y cadencia, lo mismo que juego ambiguo de oscuras fantasías, a la estructura del extraordinario poema?

A lo que quiero llegar -perdóneseme el rodeo caprichoso- es a decir que, sin dejar de lado o hacer menos la indiscutible valía de todo conocimiento técnico en la herramienta formal, o sobre el necesario estudio de la irrenunciable teoría y el ascendente armado de los conceptos en el juego poético de la escritura, o desde cualquier otra forma de la creación (el teatro, la danza, la música...), aparece, por principio, como requerida y necesaria la voluntad de una intuición poética cuya moral abierta o autónoma, producto de una pasión y un amor como caridad -por ser emoción supra intelectual- se dirige a la plenificación de lo humano y de lo real para la divinización de la vida.

Quiero decir, concentración íntima -en mi caso resultado nada más que de los votos de clausura, obediencia, pobreza y castidad- de una conciencia articulada en la emoción que

supera la propia función racional. Necesidad de congruencia entre lo que se dice y lo que se hace y, por tanto, gesto ontológico como despliegue teatral de una acción fértil por renovadora de la materialidad del mundo todo.

Unidad de la producción consciente e inconsciente, disolviendo así la oposición de libertad y necesidad: *factum absolutum*, donde lo consciente (metódico) y lo inconsciente (contingente) se unen, por supuesto, mediados por el trabajo liberado en tanto autorrealización del individuo.

Lo que se hace, por tanto, no es la realización de un plan (principio teleológico), sino la puesta a prueba de composiciones experimentales en cuyas armonías musicales, las ideas encabritadas por fuerza de la pasión, suelen estar más cercanas a las incertidumbres fecundas de sus rabiosas búsquedas o exploraciones, que a las certezas firmes y estables de aquellos paisajes quietos donde los límites se acortan por conocidos y ciertos.

Ser-siendo que se manifiesta y revela como productividad creadora en los objetos del conocimiento finito, autoencarnándose en lo otro de sí mismo o, lo que es lo mismo, en el “Espíritu de Dios”. De modo que, cuando escribía, no siempre ha sido culpa mía, sino aquella fuerza eterna de seguir el pulso dentro del divino presentimiento, que nace en la diferencia de la reflexión y el desdoblamiento.

Como si fuera tentando a ciegas, y aún sobre el tiempo de la vigilia, entre sonámbula y adormecida, dentro de aquel absoluto sumergida, hundida, flotando en una realidad otra donde el todo se identifica hasta en lo más ínfimo, pequeño o reducido, revelando la tensión de la humana contradicción con que se zurce el tejido tirante, por delicado, que se encuentra al mismo tiempo estriado y también cosido, remendado, entre lo ideal y lo real. Oscilación indefinida de una realidad sensible que se balancea en el punto de equilibrio teórico del ser.

De este modo, entiéndaseme que, a través de las palabras, los versos y las estrofas, fuera cobrando cuerpo vivo aquesta inspiración simple que es el todo del poema. Cualquiera, estoy segura, puede vivirlo y podrá entenderlo si alguna vez ha soñado, pues, ocurre lo mismo en la vida misma: esta vida que vivimos, donde la humanidad disociada por la atormentada grieta que nos abisma en la herida del tiempo continuo -no del tiempo del poeta-, abre distancias aparentemente inmensas entre los seres humanos -y así mismo entre estos y

la naturaleza-, por ser esfuerzo encarnado de una utilidad especializada para el capataz en turno, con que el ánimo así obligado ve reducir su alegría. Sin embargo, pues, ahí mismo, en la penitencia exigida que nos hemos construido, entre los individuos separados -esos que apenas se miran-, circula, no obstante, eterna, la vida, la vida buena, la vida bella.

La vida como emoción creadora por la cual la humanidad está en potencia de romper con las cadenas de sus propias estructuras, cerradas o heterónomas, para dar luz a un amor caritativo en el que se actualice la divinización del mundo y, de este modo, supere la resistencia ofrecida por la materia pétreo, cerrada y dura que tiende a quedarse inmóvil, estática y detenida. ¡Si de algo he de saber, por mi muchas veces castigada bravura, es sobre el arte de volar más allá de los muros de la clausura! ¡Como que soy la peor de todas!

Ahora bien, por supuesto, la intuición creadora es de entenderse cuando se sabe que hay cosas que sólo la inteligencia es capaz de buscar, pero que por sí misma no encontrará jamás. Y estas cosas que refiero, sin embargo, sólo las encontrará el instinto; pero cierto es que éste no las buscará jamás, pues, le amenaza el miedo que es propio de su naturaleza inclinada a garantizar la preservación segura. Entonces, viene aquí que la intuición creadora hace su arriesgada aparición: amor entre los seres humanos, humanidad y amor a Dios.

Es por esto, que aquí aclaro: no ha sido la razón necia o terca, abstracta y fría, el fundamento de este menester mío puesto en el darme a escribir poesía, teatro, canciones y demás, en vez de teológicas y muy altas reflexiones; sino, justamente, más bien, la querencia desinteresada por el prójimo y mis hermanas y hermanos y por la vida y el amor a Dios -es decir, la emoción creadora y la sensibilidad poética del cariño a la naturaleza y a la humanidad-, lo que me ha llevado a dedicar el arma de las ideas y el filo de las palabras al servicio de la vida bella en mis humildes obras, de este modo, consagradas siempre a Dios. Ha sido su alto Ser, en todo caso, el camino de las ideas que, escuchadas como en sueños, susurradas al oído y guiando la tinta de mi pluma, pulsaron la sangre de ésta que se niega a fenecer.

Discúlpeame, pues, si ha sido de este modo que se me ha dado el rezar. Escribir es una forma de rezar y ese rezar una acción para la autoproducción del mundo: materialización y gesto vital de sucesión verdadera, aumento progresivo de lo absoluto en la continua producción de formas nuevas, donde lo que se disuelve y flaquea, durará, sin embargo, por

la solidaridad, buen sentido y cortesía ofrecida a lo que nace, en tanto experiencia afirmativa de la existencia.

Quiero decir -lejos de todo pesimismo y más bien alegremente-, germinación y floración que se alargan, igual que con las obras de la naturaleza, donde lo que en ella aparece como nuevo surge de algo interior que es sucesión de una interpenetración en el tiempo, irreductible a una simple yuxtaposición instantánea en el espacio o mera acumulación, cuando sucede realizándose en la transformación total, radical, de pies a cabeza, completa del absoluto. De modo que, por esto, la poesía es siempre extemporánea y yo puedo estar-me aquí en el salto cuántico de una producción ontológica donde pasado, presente y futuro se contraen en un momento único que es el de la eternidad.

Por supuesto, todo esto es posible de pensarse si partimos de que el tiempo es invención o no es absolutamente nada. Esto es, si el tiempo es invención, es el tiempo-inventoría del pulso de los instantes acumulados en el espacio-longitud que miden las manecillas de los relojes mecánicos (o electrónicos o digitales), las hojas inquietas de los calendarios múltiples y el recordatorio atosigante de las alarmas programadas, casi siempre a destiempo del cuerpo.

Sin embargo, en otras ocasiones extraordinarias, cuando nos decidimos a interrumpir la convención del flujo continuo -tal como lo hacemos en los sueños que nos ocupan mientras dormimos-, hasta apresar instantes irrepetibles como joyas únicas del absoluto y a fin de estudiar la vibración de sus cristales infinitos, en busca de conocimientos útiles -o inútiles- pero, siempre vitales para el vaivén del espíritu en su proceso histórico-ontológico de transformación perene, entonces, y solo entonces, el tiempo hace estallido de todo lo existente rumbo a la eternidad.

Expuesto de otro modo, también, podemos decir que si el tiempo es nada -y dado que la nada es la ausencia que refiere a todo lo que habita-, luego, el tiempo es pasado, presente y futuro contraídos en el momento único de lo eterno liberado.

El tiempo creador es centella emancipada del horizonte del tiempo humano-continuo que estalla iluminando el universo infinito, para la producción del mundo en la dinámica del ser, como movimiento interrumpido que se suscita necesariamente en lo im-

previsible e incierto, preñado del azar que lo construye como inanticipable y, no así, desde la lógica causal donde lo inferior está dado por lo superior, por vía de disminución.

En esto se realiza la *praxis* de una razón-apasionada, conque la intuición -en tanto temporalidad que toma de la duración concreta, siendo acción para transformar radicalmente el todo-, procura cabalgar sobre las ideas que la permitan expresarse. Lo anterior, considerando que la diferencia entre razón e intuición no es de grado, sino de naturaleza, dado que esta última es expresión de un yo profundo, hondo, abismal, sobre el que el yo encarnado como tiempo y espacio renueva al tiempo mismo en la duración; es decir, en lo más alcanzable del infinito absoluto que sigue lo real en todas sus sinuosidades, porque es aquello, aparentemente simple, que da clave a lo demás ya que moviliza la razón generadora y se manifiesta en tanto impulso vital emancipado, generoso y compartido.

Frente a todas las censuras y despojos de los que fui objeto, el trabajo de mi escritura y aún el gesto servil de mi propia vida, ha sido esfuerzo de una intuición mística dedicada a la producción de imágenes activas, donde, a la vez que se satisface a la naturaleza en tanto conciencia, también, se vincula el amor divino para dar el paso necesario que nos lleve de una sociedad cerrada, enclaustrada, a una sociedad abierta en que todo amor caritativo sea manifestado en la vida sobre abundante y participativa de Dios.

Deificación de la vida y el amor que actualiza a Dios en tanto Dios porque alcanza su completa determinación en la duración y en la libertad que no son otra cosa sino conciencia y causa de sí. La creación es, pues, empresa de Dios para crear creadores dignos de su amor, cuando reflejan la forma de una materia viva, preñada de memoria histórica que es conciencia virtual, pero que se desdobra (procesión) atravesando en un movimiento simple las diversas diferencias de la naturaleza, hasta renacerse de modo completo y contraerse (conversión) en el binomio vida-humanidad como génesis de Dios.

©Verónica Albarrán Rendón

Referencias bibliográficas

Henri, Bergson. *Historia de la idea del tiempo*. México: Paidós, 2017.

Lezama Lima, José. *La expresión americana*. España: Confluencias, 2012.

Poe, Edgar Allan. *La filosofía de la composición; el cuervo*. México: Fontamara, 2007.